



Homilía

DOMINGO DE RAMOS

S. I. Catedral Primada, 9 de abril

Como cada año, pues, en el Domingo de Ramos nos conmueve subir junto a Jesús al monte, al santuario, acompañarlo en su ascenso. En este día, a través de todos los siglos, con niños, jóvenes y gentes de todas las edades lo hemos aclamado gritando: “¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!”

Pero, ¿qué hacemos realmente cuando nos unimos a la procesión, al cortejo de aquellos que junto a Jesús subían a Jerusalén y lo aclamaban como rey de Israel? ¿Es algo más que una bella ceremonia, que una bella tradición? ¿Tiene quizás algo que ver con la verdadera realidad de nuestra vida, de nuestro mundo? Para encontrar la respuesta, debemos clarificar ante todo qué es lo que en realidad ha querido y ha hecho Jesús mismo.

En un momento dado de su vida, tras haber confesado san Pedro que Jesús era el Mesías, el Hijo del Dios vivo, Él se dirigió como peregrino hacia Jerusalén para la fiesta anual de Pascua. Es un camino hacia el templo de la Ciudad Santa, hacia aquel lugar que aseguraba de modo particular a Israel la cercanía de Dios a su pueblo. Es un camino hacia la fiesta común de la Pascua, memorial de la liberación de Egipto y signo de la esperanza de la liberación definitiva. Él sabe que le espera una nueva Pascua, y que Él mismo ocupará el lugar de los corderos inmolados, ofreciéndose a sí mismo en la Cruz. Sabe que los dones misteriosos del pan y del vino, se entregará para siempre a los suyos, les abrirá la puerta hacia un nuevo camino hacia la altura de la Cruz, hacia el momento del amor que se entrega. El fin último de su peregrinación es la altura de Dios mismo, a la cual Él quiere elevar al ser humano.

Nuestra procesión de hoy, por tanto, ha querido ser imagen de algo más profundo: junto con Jesús, comenzamos la peregrinación por el camino elevado hacia el Dios vivo. Se trata de esta subida. Es el camino al que Jesús nos invita. Pero, ¿cómo podemos mantener el paso en esta subida? ¿No sobrepasa nuestras fuerzas? Sí, está por encima de nuestras posibilidades. Nos encontramos los seres humanos entre dos campos de gravedad. Está la fuerza que nos atrae hacia abajo, hacia el egoísmo, hacia la mentira y hacia el mal. Es la gravedad que más nos abaja y nos aleja de la altura de Dios. Por otro lado, está la gravedad del amor de Dios: ser amados por Dios y la respuesta de nuestro amor que nos atrae hacia lo alto.

En la Santa Misa, al inicio de la Plegaria eucarística durante la cual el Señor entra en medio de nosotros, la Iglesia nos dirige la invitación: *Sursum corda*, “levámtelos el corazón”. Precisamente el corazón es ese centro del hombre en el que unen el intelecto, la voluntad y el sentimiento, el cuerpo y el alma. Repito: nosotros solos somos demasiado débiles para elevar nuestro corazón hasta la altura de Dios. No somos capaces. Pero Cristo ha descendido hasta la extrema bajeza de la existencia humana, para elevarnos hacia Él, hacia el Dios vivo. Se ha hecho humilde, dice hoy la segunda lectura.

Sin duda, la cuestión de cómo los hombres y mujeres podemos llegar a lo alto, ser totalmente nosotros mismos, ha inquietado siempre a la humanidad. San Agustín, por ejemplo, buscó durante tiempo apoyo en filosofías que le purificaran y así poder liberarse de lo que abaja y degrada el ser humano. Pero al fin encontró a Aquel que hace lo que nosotros mismos no podemos hacer; a Aquel que nos eleva a la altura de Dios, a pesar de nuestra miseria: Jesucristo que, desde Dios, bajó hasta nosotros, y en su amor crucificado, nos toma de la mano y nos lleva a lo alto. Es esa una experiencia posible en Semana Santa.

Subimos con el Señor en peregrinación. Buscamos el corazón puro y las manos inocentes, buscamos la verdad, buscamos el rostro de Dios: confesamos nuestros pecados porque descubrimos la misericordia de Dios y su perdón, que nos eleva. Manifestemos al Señor nuestro deseo de llegar a ser justos y le pedimos: ¡Llévanos Tú hacia lo alto! Haz que con la intercesión de

la Virgen Madre de Cristo nos sirva la palabra que cantamos con el Salmo 23,6, es decir, que podamos pertenecer a la generación que busca a Dios, “que busca tu rostro, Dios de Jacob”. Amén.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo y Primado de España